



**Palabras del P. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la  
Universidad Anáhuac México, en el Retiro de Cuaresma**

**28 de marzo de 2017**

**Universidad Anáhuac México Campus Norte**

El tema de la limosna es una materia en la que los seres humanos quizá podríamos trabajar más. Fijémonos en el ayuno, la oración y la limosna, estas tres realidades son tres llamadas al corazón, no son tres cosas prácticas, no son simplemente tres actividades que se resumen en “voy a rezar más”, “voy a dar más a los demás” y “voy a comer menos”. No es eso, realmente son elementos que tocan una parte importante de nosotros: el ayuno es la relación con nosotros mismos, la limosna es la relación con los demás y la oración, obviamente, es la relación con Dios.

Vamos a tocar rápidamente cada uno de estos tres elementos. El ayuno, que en Cuaresma consiste en modo prioritario en privarse de alimento -digo prioritario, pero no exclusivo-. En los últimos años, los obispos de diversos países, y también aquí en México, han ido insistiendo más en la necesidad de generar otro tipo de ayuno -que no es simplemente el

ayuno de comida-, que es también el ayuno de cosas que me llenan, por decirlo así; a veces hablaban del ayuno de televisión o del ayuno de aparatos, que no nos vendría nada mal.

El ayuno del prójimo, el ayuno de la lengua -no solamente el ayuno de los dientes, sino el ayuno de la lengua-, pero el punto importante de esto es que el ayuno cuaresmal implica tener un solo alimento fuerte al día y que se vive especialmente el Miércoles y Viernes Santos. Como ustedes saben, hay muchas formas de hacer ayunos; está quien hace ayuno a pan y agua pero, por ejemplo, los judíos en los días que tienen ayuno, sobre todo en el día de Yom Kipur, que es su gran ayuno, ayunan durante 24 horas y no pueden comer ni beber durante ese tiempo.

Está también el ayuno del Ramadán, el ayuno de los musulmanes, que consiste en no comer ni beber nada mientras está el sol en el cielo. Si uno está en una ciudad de tipo musulmán o donde hay una gran comunidad musulmana, en la mañana de pronto se escucha un cohete que explota, ese es el inicio del Ramadán que significa que a partir de ese momento no puedes comer ni beber nada hasta el final, que es justamente cuando suena otro cohete cuando el sol se pone. Está el estilo de nuestro ayuno, que es el que como católicos normalmente hacemos y que consiste en una sola comida fuerte al día que suele ser la comida de mediodía; en el desayuno un poquito de café, a lo mejor un poquito de galletitas y ya, y en la cena una frutita y un té, eso es todo, y la comida puedes comer normal.

El ayuno toca algo muy esencial que es el anhelo de alimento, eso es el ayuno, es decir, quisiera comer, quisiera beber, quisiera calmar un poquito mi hambre y no lo hago y esa es una forma de decir “tengo tanta

hambre de Dios como mi cuerpo tiene hambre de pan”, “tengo tanto anhelo de Dios, tengo tanto anhelo de ser mejor”, “tengo tanto anhelo de vencer el mal como anhelo tiene mi cuerpo de agua o de comida”. El ayuno es siempre una pregunta al corazón para revisar si nuestra seguridad está puesta en conseguir lo material o está puesta en conseguir algo más, algo más trascendente, algo más importante.

En ese sentido, el ayuno nos hace pensar en cómo está nuestra relación con los bienes materiales, qué tantas prioridades tienen los bienes materiales y si de verdad me puedo desprender o no de los bienes materiales, es un poco lo que pasa con los alcohólicos, que les cuesta un poco reconocerlo, “no, yo no soy alcohólico”, “cuando quiera puedo dejar de tomar”, o los fumadores, “cuando quiera puedo dejar de fumar”. Hagan ustedes un día la prueba, quienes fuman a ver si es verdad que un día pueden dejar de hacerlo uno, dos o tres días y si no, está claro que son dependientes, así de fácil, y así podríamos poner tantas realidades de la vida, al fin y al cabo, que decimos que no dependemos de ellas, pero en la práctica sí dependemos de ellas.

El ayuno es una pregunta al corazón y una invitación a una vida sobria, a una vida que no desperdicia, a una vida que no descarta porque abre el corazón a lo fundamental, a lo que sí es importante. ¿Cómo va tu ayuno? ¿Cómo va tu relación con las cosas? ¿Cómo va tu relación contigo mismo? Rompedor, el ayuno es rompedor porque te obliga a romper con tu dependencia de las cosas materiales.

Está el segundo rompedor, que es la limosna. La limosna nos abre a otra pregunta, ¿cómo es mi relación con el otro? Y, sobre todo, ¿cómo es mi relación con aquél que está necesitado de aquello que yo tengo?

Ojo, no solo de lo que sobra o de lo que no sé qué hacer con ello, sino de lo que sé que yo me puedo desprender, y aquí hay un tema muy serio cuando hablamos de limosna, yo puedo dar lo que me sobra y entonces mi relación con el otro será una relación, literal, de sobras. Puedo darle al otro aquello que yo tengo, que no me hace falta, que me sobra, ¿qué tipo de relación es esa? Los bienes que no te sirvan, dámelos, es una relación de sobras. Si uno se pone a pensar en su relación familiar, es una relación de sobras, “como no tengo nada mejor que hacer, me voy a comer con mi mamá”, “como no tengo nada mejor que hacer, me voy con mi esposo o mi esposa”, es de sobras y obviamente una relación así es muy débil, es una relación muy floja, es una relación poco intensa, es una relación muy poco auténtica.

La limosna dice “no des lo que te sobra, sino de aquello que te cuesta o que te toca desprenderte”, eso dice la limosna, porque dar limosna indica otra cosa muy importante y es la gratuidad, “no solamente no te doy lo que me sobra, sino que te lo doy gratis” y pueden decir que así funcionan los seres humanos. ¿Cuántas veces cobramos los favores que hacemos? “Yo te hago un favor, yo te ayudo en algo, yo colaboro contigo en no sé qué, yo te apoyo en aquello” y luego, te lo cobro; entonces ¿en dónde está la limosna? ¿En dónde está el donativo si me lo vas a cobrar después? Imagínate que de pronto eres una persona con muchos recursos y que con un solo donativo tuyo terminamos el Centro Cultural de aquí al lado, y luego vienes y dices: “fíjese, Padre, dado que yo le ayudé en el Centro Cultural ¿me podría pasar un examen o dar el título gratis?”.

¿Cuántas veces cobramos las limosnas? ¿Lo diste gratis o no lo diste gratis? ¿Hiciste el favor o nada más me lo contraprestaste durante un tiempo? Así es el ser humano, la limosna es gratis y ¿cuántas veces nos olvidamos de esta gratuidad en la relación con los demás?, ¿cuántas veces nos olvidamos que las auténticas relaciones humanas deben ser gratis? La relación familiar debe ser gratis, la relación de amistad debe ser gratis, las auténticas relaciones humanas deben ser gratis, no pueden estar sujetas a un costo o esperando un pago. Por eso, la limosna en la Cuaresma es de pronto desprenderme de algo, es un rompedor que te hace preguntarte cómo van tus relaciones con los demás.

El Papa Francisco dice que la sociedad actual se ha olvidado de la limosna porque con frecuencia, hoy la gratuidad no es parte de la vida diaria en la que todo se vende y todo se compra, todo es cálculo y medida; una mentalidad de limosna nos hace libres del miedo de perder nuestras relaciones con los demás y miedo de perder en nuestras relaciones con los demás. A veces, nuestras relaciones con los demás tienen este miedo de perder; pierdo si soy generoso contigo, pierdo si te perdono, pierdo si te dedico mi tiempo. La Cuaresma nos invita a mirar de una forma diferente nuestra relación con los demás gracias a la limosna.

El tercer rompedor es la oración que nos cuestiona sobre nuestra relación con Dios. Según el Evangelio, Jesús dice: “cuidado de no orar de tal forma que todo el mundo te vea”, esto lo conoce muy bien el corazón humano y sabe perfectamente que, como seres humanos, tendemos con muchísima facilidad a permitir que en nuestra relación

con Dios se nos meta la vanidad, la soberbia y el orgullo. La oración es como una especie de decirle a Dios que “fíjate que bueno soy”, la oración es parte del currículo, por llamarlo de alguna manera, que yo rezo mucho y sin embargo la oración es otra cosa completamente diferente; la oración tiene que ser un descubrimiento de quién es Dios para mí, la oración tiene que ser verdaderamente un momento en el cual yo me encuentro con Dios, al que descubro quién es él de modo auténtico y quién soy ante él, ¡que poquita cosa somos ante Dios!

¿Por qué es importante la oración? La oración es importante porque hay muchas cosas que no están bien y hay muchas cosas que tenemos que cambiar y yo solo no puedo. ¿Cuántas cosas no están bien en nuestra vida? ¿Cuántas cosas no están funcionando en nuestra vida, en nuestro corazón, en nuestra cabeza, en nuestra sensibilidad? ¿Cuántas cosas no están funcionando cuando deben de funcionar? El corazón de cada uno sabe que eso no está bien, que ese comportamiento no es el correcto, que esa actitud tiene egoísmo, que ese pensamiento, que esa situación no es como debe ser porque nos lo dice nuestra conciencia y esta nos plantea la pregunta de si es como debe ser, por eso es importante la oración, para llegar con Dios y decirle ayúdame a descubrir en mi vida, lo que no está bien; ayúdame a cambiarlo, ayúdame a ser mejor, a ser diferente en esto o en aquello, y a cambiarlo, no como quien se autoregaña, sino como que quien se sabe objeto de un profundo amor. Dios es fiel, Dios es un amigo y ese es el Dios que yo sé que debo encontrar en la oración. ¿No les pasa a ustedes que cuando tienen algún problema no se lo cuentan a este y si se lo cuentan a aquél? ¿Por qué? Porque saben que si yo le cuento a este mi

problema me va a criticar, me va a regañar, me va a agredir, me va a señalar, lo va a apuntar en el libro de cuentas, mil cosas, pero sé que si se lo cuento a este otro nada de eso va a pasar, me va a recibir, me va a comprender, me va a estimular a que sea mejor, me va a invitar a que supere aquel problema, me va a decir, “no está bien lo que está pasando, pero vamos a trabajar para superarlo”, ¿con cuál de los dos iríamos? Creo que está bastante claro con cuál de los dos iríamos, ¿no?

Dios, en la oración, siempre se nos presenta como un amigo. Por eso, cuando de pronto nos cuesta la oración, cuando de pronto no nos funciona bien la oración, cuando de pronto nos aburre la oración, cuando de pronto no encontramos tiempo para la oración, ¿no será que en el fondo para lo que no está funcionando bien es nuestra relación con Dios? ¿No será que a lo mejor no le estamos viendo como le tenemos que ver, que no le estamos aceptando como le tenemos que aceptar, que no estamos relacionándonos con él como deberíamos hacerlo? Y, entonces, la oración de la Cuaresma, la oración más intensa a la que se nos invita en la Cuaresma, es un momento en el cual se nos hace la pregunta ¿quién es Dios para mí?

El otro día estaba leyendo un texto del libro del *Éxodo* en el cual se narra cómo Moisés construye la tienda del Tabernáculo y va contando todas las cosas que va poniendo, que si la tapa, que si los querubines, que si las tablas de la ley... y al final de cada párrafito añadía a la escritura lo siguiente: “Moisés hizo todo esto como se lo había ordenado el Señor”, y así como 16 veces, Moisés hizo todo esto como se lo había ordenado el Señor, ¿no? Y ya que terminó la obra, baja la nube y de pronto Moisés desaparece, ya no vuelve a hablar de Moisés el texto que estaba yo

leyendo y habla cómo Dios acompañaba al pueblo; la nube de fuego por la noche y la nube de luz por el día, y cómo donde la nube se detenía, ahí se detenía el pueblo. Moisés desaparece y yo diría, ¿qué pensaría Moisés de todo esto? Si Moisés no tuviese una adecuada relación con Dios la situación sería muy poco fuerte para Moisés, muy poco valiosa. ¿Cómo es nuestra relación con Dios? Nuestra relación con Dios siempre tiene que cuestionar, cuestiona mi tiempo, cuestiona mi conciencia, cuestiona mis hábitos, cuestiona mi temperamento.

Mi relación con Dios tiene que cuestionarme, por eso no tiene que extrañarnos que nos cueste, es como cuando vas al médico, ¿a quién le encanta ir al médico?, a nadie y ¿por qué? Porque el médico te va a cuestionar este punto, aquello, fíjate, no tomes esto, toma aquello, toma esto y así hace Dios también con nosotros, romper la rutina en la relación con Dios, romper la rutina en la relación con los demás, romper la rutina en la relación con uno mismo. Vamos a hacer una pequeña pausa y durante un minuto cada uno, yo les invito a que aquí, ante Jesús en la Eucaristía, digan ¿dónde hay rutina en mi vida? ¿Dónde estoy siendo un hombre o mujer rutinario? De cara a mí mismo, de cara a los demás y de cara a Dios, y sobre eso pregúntate cómo está mi ayuno, cómo está mi limosna y cómo está mi oración. Vamos a hacer esta pequeña reflexioncita, si te ayuda otra cosa, tu piensa en otra cosa, pero vamos a reflexionar un poquito en estos tres elementos y cómo pueden romper la rutina que puede existir en mi vida.

Vamos a continuar, ojalá que esta reflexión la puedan continuar en lo personal porque es una reflexión muy rica sobre cómo a veces la mediocridad y la rutina se pueden meter en nosotros. Una vez que

hemos roto la rutina podríamos preguntarnos ¿cuál es el sentido de la Cuaresma en el mundo de hoy? Hay cosas que de pronto parecen que ya no tienen ningún sentido. No sé si ustedes se han preguntado alguna vez por qué en la misa hay velas, no sé si se han preguntado alguna vez por qué nunca empezamos la misa sin prender las velas, ¿no? ¿Es la luz del espíritu santo? Les podemos poner muchas cosas, pero en el fondo es algo mucho más práctico. No se olviden ustedes de la primera eucaristía en una cena de Pascua, los judíos ponen siempre dos velas; por un lado, vivimos en una cultura que está acostumbrada a la luz eléctrica, pero ustedes entren a una iglesia que no tiene luz eléctrica y necesita velas, las velas tienen una simple función original que es la de iluminar el altar, ya está. Hoy, nosotros le hemos dado otro sentido, un sentido más espiritual, más místico, más religioso a las velas, pero en el fondo tiene un sentido práctico, ¿para qué es la Cuaresma? ¿Qué sentido tiene la Cuaresma para la mayoría de la gente en el mundo de hoy? Si van a vivir la Semana Santa esquiando, si van a vivir la Semana Santa en Acapulco, ¿qué sentido tiene la Cuaresma? Si el Viernes Santo no va a significar nada, ni el Jueves, ni el Domingo de Pascua, ¿qué sentido tiene prepararse para algo que no voy a vivir?

Hoy, en la medalla que estábamos dando, el medallista era de ingeniería y decía: “a mí me costaban muchos las matemáticas, y me pregunté para qué podrían servir las matemáticas. Me costaban mucho las integrales y en mi vida he descubierto que, en efecto, las matemáticas no sirven para nada”; total, que todos los chicos aplaudieron como era lógico, pero no, sí sirven para estructurar la mente. ¿Para qué sirve la Cuaresma? ¿Qué ganamos no comiendo

carne los viernes? El otro día me platicaban de algo que sucede en Sevilla, España, y es que el Viernes Santo en Sevilla los pescaditos fritos cuestan 10 veces más que el jamón serrano, por lo mismo, es de costumbres. Realmente creo que es muy importante volver a descubrir el significado de la Cuaresma y para eso es importante descubrir el punto de partida, los dos primeros domingos de Cuaresma la iglesia siempre nos propone los dos mismos evangelios.

El primer domingo de Cuaresma la iglesia siempre nos propone el evangelio de las tentaciones de Jesús, y el segundo domingo nos propone el evangelio de la transfiguración. En este momento quiero que centremos nuestra mirada en esos dos primeros domingos de Cuaresma, ¿por qué comienza siempre con las tentaciones de Jesús? Porque el punto de partida de la Cuaresma es una realidad, la realidad, la constatación de la presencia del mal y del maligno, no solo a nuestro alrededor, sino también en nuestro corazón. Constatar la presencia del mal, darnos cuenta de que no todo está bien, y por eso la Cuaresma comienza con las tentaciones, con la presencia de un enemigo que intenta tergiversar el plan de Dios sobre mi vida como intentó tergiversar el plan de Dios sobre la vida de Jesús, y por eso las tentaciones tocan prácticamente todas las realidades humanas, la tentación del pan, la relación del ser humano con los bienes materiales, la tentación del “tírate del templo” es la relación del ser humano con el mundo religioso, la relación con Dios y, finalmente, la tentación así llamada con los reinos de la tierra en la que el demonio le ofrece a Jesús: “todo esto te daré si postrándote me adoras”, esa es la relación con los demás seres humanos, con la sociedad, etcétera. ¿A quién pongo yo primero?

¿Pongo primero el mal o pongo primero el bien? ¿Cómo está mi corazón? ¿Mi corazón está limpio o mi corazón está contaminado? ¿Qué precio estoy dispuesto a pagar por imponerme sobre los demás? Incluso, el precio de adorar a Satanás es la presencia del mal, vivimos en un mundo en donde no me importa el precio que haya que pagar para lograr ciertas cosas. No se hace noticia, por desgracia, la guerra en Siria que lleva un montón de tiempo y vemos fotos de Alepo y de Damasco, ¿qué precios están pagando todas esas relaciones por los intereses de unas personas que no están ahí tampoco? Y de eso, ¿cuántas realidades hay? No hablamos de las guerras olvidadas de África y no hablamos de las problemáticas del sureste asiático. El mundo de hoy es un mundo que tiene muy presente al mal y poco presente a Dios y, ciertamente, es un mundo al que le cuesta muchísimo hablar del pecado. El concepto de pecado cómo nos cuesta, el concepto de pecado es una ofensa hecha a Dios, como una ruptura de mi relación personal con Dios, cómo nos cuesta esto.

¿Qué hace Dios ante el mal? Lo vemos justamente en las tentaciones, Jesús se opone al mal, la primera tentación “no solo de pan vive el hombre”; en la segunda tentación también está dicho “no tentarás al Señor tu Dios”; la tercera tentación es “vete de aquí, Satanás”; qué fuerte es que de pronto nosotros no podamos darnos cuenta de cómo la principal tarea de Dios, una importantísima tarea de Dios en nuestra vida, es la de oponerse a nuestros males, oponerse a nuestro mal, al mal que cada uno tiene dentro de su corazón, y para hacer eso Dios envía a su hijo, Dios nos da a su hijo, por eso la Cuaresma arranca en la reflexión sobre las tentaciones de Cristo, porque las tentaciones nos

enseñan no solo que el mal está presente, que de por sí es importante, sino que el mal puede ser reconocido y puede ser vencido y que en Cristo, el mal es reconocido y el mal puede ser vencido. Detrás de la tentación del pan, del templo, de los reinos de la tierra, está en el fondo ese reconocimiento de cada uno de nosotros del mal que está en nuestro interior, ¿cuántas veces nosotros estamos tocados por el materialismo representado en el pan? ¿Cuántas veces estamos tocados por el provecho propio sin importar lo que se use para ese provecho propio aunque sean las cosas de Dios? Representado en las tentaciones del templo, lo que el demonio le está pidiendo a Dios es usar al templo para tu provecho, es lo que le pide en esa tentación el demonio a Jesús, cuando dice: “tírate de allá arriba”, usa al templo para tu provecho, o ¿cuántas veces estamos tocados por el ansia de dominio de lo que nos rodea, representado en la tentación de los reinos de la tierra?, pero la grandeza de esto es que Cristo vence al mal, Cristo vence al mal y nos hace ver dos cosas: la primera, que el mal no tiene la última palabra sobre tu vida, qué importante es esto, yo no sé de todos los que estamos aquí esta mañana cuántos estamos agobiados por algún tipo de mal, no me refiero a un mal físico sino a un mal moral, ¿cuántas veces descubrimos que la envidia, la soberbia, la ira, la avaricia, la lujuria o la pereza son tremendamente fuerte en nosotros? ¿Cuántas veces descubrimos que hay un mal muy fuerte en mí?

Las tentaciones nos hacen ver que Cristo vence al mal, que el mal no tiene la última palabra sobre nuestra vida, somos conscientes de que con Jesús podemos vencer al mal. Y esta es una de las grandes certezas del cristianismo, cuando ustedes ven la representación de un

santo o de una santa mártir; normalmente, las santas o santos mártires suelen tener dos símbolos en su representación: uno es el símbolo de aquello que lo martirizó, la Santa Catalina de la canción tiene una rueda, otro santo tiene una espada, otro santo tiene un hacha, otro santo tiene unas llamas, otro santo tiene lo que sea, cada uno tiene lo que su representación y sobre todo los santos más antiguos, además de tener lo que lo mató, por así decir, tienen también una hoja de palma en la mano, esa hoja de palma es un símbolo de victoria de que han vencido, es lo que significa, por eso, ustedes siempre que vean a un santo con una hoja de palma en la mano, no es que sea ecológico, es que es la palma de la victoria, han vencido y sin embargo, han sido derrotados, han sido matados, han sido masacrados, han sido humillados, han sido golpeados y parecería que no ha quedado nada de ellos, que han sido hundidos, pero han vencido.

A ustedes y a mí nos puede pasar que el mal se presenta como el vencedor, pero con Cristo podemos vencer, en Cristo está nuestra victoria, aunque a lo mejor hasta parezca que es el enemigo quien ha ganado en Cristo; si tú te apoyas en Cristo, si tú le dices a Cristo: “en ti pongo mi fe, yo pongo en ti mi arrepentimiento, yo pongo en ti mi esfuerzo, sé que voy a vencer”, cuando nos ponemos de su lado, es cuando podemos vencer el combate espiritual, porque Jesús es el amigo fiel que nunca nos abandona, porque incluso cuando pecamos espera pacientemente que volvamos a él y con esta espera, la simple espera, manifiesta su voluntad de perdonar.

Déjenme que les ponga un símbolo muy curioso, uno entra a una iglesia y de pronto hay un padre sentado en un confesionario, no hay nadie

confesándose en ese momento, el padre está ahí sentado, leyendo. El otro día fui a una iglesia a decir misa y había dos padres, uno de un lado y el otro del otro, y durante toda la misa nadie se acercó a confesarse; terminó la misa, se levantaron, se cambiaron y fueron a lo que tuvieron que hacer y uno podría pensar qué pérdida de tiempo, nadie vino a confesarse o, visto desde esta óptica, estos señores durante el tiempo que estuvieron ahí sentados fueron el símbolo de Dios que siempre espera y que esperando manifiesta su voluntad de perdonar. Un padre que está allá atrás sentado en el confesionario, sin nadie del otro lado, es un símbolo de un Dios que es el nuestro, que siempre espera y que está ahí manifestando que cuando vengas te voy a perdonar, cuando tú quieras venir, te voy a perdonar. Díganme si esto no es precioso, díganme si esto no es maravilloso, saben que Dios siempre nos va a perdonar y nos va esperar.

El otro día estaba una chiquita que está embarazada por primera vez y le digo: ¿cómo te va? Y me respondió: “se me está haciendo muy largo, digo, son nueve meses”, más de eso no va a ser, más de 15 meses no van a ser, se los puedo asegurar, eso seguro que no, nueve meses. Qué hermoso que Dios nos dé nuestro tiempo para poder manifestarnos en su voluntad de perdonar y ¿por qué puede hacer esto Dios? Damos un paso adelante, las tentaciones nos hablan del mal presente, pero nos hablan al mismo tiempo que con Jesucristo yo puedo vencer el mal, que no es la última palabra y que él está dispuesto siempre a perdonarme, de eso nos hablan las tentaciones de Jesús, pero hay un paso más y es

el segundo evangelio del que les hablaba, el evangelio de la transfiguración.

El evangelio de la transfiguración se lee dos veces al año, uno en Cuaresma y otro el día 6 de agosto, que es la fiesta litúrgica del evangelio de la transfiguración. ¿Por qué el evangelio de la transfiguración es tan importante? Porque nos dice quién es aquel que está luchando a nuestro lado en contra del mal, por eso es tan importante el evangelio de la transfiguración, porque viene a decirte quién es Cristo de verdad, quien es Cristo en serio y Cristo es Dios, Jesús es Dios y Jesús es el culmen de la ley de los profetas, Jesús es la cumbre de todo lo que el ser humano ha esperado; Jesús es la esencia, el centro de nuestra felicidad, Jesús es Dios y ¿por qué es importante esto? ¿por qué es debemos ver a Jesús como nuestro Dios? Por una razón muy importante, porque solo Dios puede sacar de los males los bienes.

Cuando Jesús se transfigura les dice a los apóstoles: “no hablen de esto hasta que yo haya resucitado entre los muertos”, y ellos se preguntaban ¿qué significaría eso de que va a resucitar entre los muertos? Solamente Jesús nos da la auténtica representación del misterio de la cruz, solamente Jesús es capaz de sacar de una traición, de una cobardía, de un encerramiento del corazón, de un abandono, de un miedo; solamente él de todo eso es capaz, de sacar la redención del ser humano, de sacar de los males los bienes. Solamente Jesús lo puede hacer. Nosotros estamos siguiendo a Jesús, no estamos siguiendo a un sabio, a un iluminado, a un profeta, a un científico; estamos siguiendo a Dios mismo, por eso es tan importante la transfiguración, para que

nuestro corazón se sienta sólido, se sienta firme en cualquier situación que ustedes y yo tengamos que atravesar, estoy siguiendo a Dios mismo.

Qué certeza tan grande, qué certeza tan esencial y por eso, la transfiguración es la oportunidad de volverle a decir a Jesús, ante el misterio del mal que me rodea, “te vuelvo a elegir a ti”. Vamos a hacer una pequeña pausa antes de dar el tercer paso de este retiro. Como hicimos antes, durante un minuto, un momentito breve, los invito a que pueden tocar estas dos realidades en su corazón, la presencia del mal, el mal presente en mi vida, en mi persona, no sé; este mal presente, rápidamente, en Cristo lo venzo y vuelvo a elegir a Jesús como aquel que sostiene mi vida, meditemos un poquito sobre esto ante Jesús en la eucaristía.

Vamos a dar el último paso de este retiro, después de haber visto y reflexionado porqué hay que romper la rutina en la Cuaresma, después de haber meditado un ratito sobre la necesidad que todos tenemos de ser conscientes de la presencia del mal y volver a elegir a Cristo. El tercer paso que les quiero invitar a dar en este retiro es un paso en el cual tomamos conciencia e intentamos hacer experiencia de lo que Jesús me da a mí, de lo que es Jesús para mí.

¿Qué significa que Jesús sea Dios, qué implica eso? Los tres últimos domingos de la Cuaresma en este año por lo menos nos hablan de tres ofertas que hace Jesús. El domingo tercero de Cuaresma, que fue el domingo antepasado, si recuerdan, se nos habló del evangelio de la samaritana. El evangelio de este domingo pasado fue el evangelio del ciego de nacimiento y el evangelio que oiremos este próximo domingo,

es el evangelio de Lázaro, de la resurrección de Lázaro. En estos tres evangelios, todos tomados del evangelio de San Juan, la iglesia siempre reconoció en estos tres evangelios los elementos centrales de nuestra relación con Cristo.

Cristo es el agua viva, la samaritana; Cristo es la luz del mundo, el ciego; y Cristo es la vida, yo soy la vida, yo soy la resurrección y la vida, el caso de la muerte de Lázaro, estos tres elementos son tres ofertas, por así decir, que Jesús nos hace. La primera oferta Jesús sacia mi sed, ¿de qué tengo sed? ¿Dónde hace alta agua en mi vida? ¿Cuántos lugares podemos tener resecos por la decepción, por el fracaso, por el pecado, por las malas experiencias vividas? Jesús sabe que ustedes y yo necesitamos un agua que calme la sed esencial de la vida, pero ¿cuál es la sed más esencial de nuestra vida? La sed de sentido de vida es la sed más esencial.

El domingo pasado fallecieron varias personas, dos de ellas ancianas, una de ellas de 90 y tantos años, otra señora de 80 y tantos años, y cuando me platicaban estos dos casos me decían: “bueno, han cumplido su ciclo”, pero este mismo domingo falleció de cáncer un chiquito de 15 años, ¿qué respuesta me das?, ¿cumplió su ciclo? Estamos conscientes de que a lo mejor ahí no hay una clara respuesta ante eso, sí, y decimos que no tiene sentido. Jesús viene a calmar la sed, a decir: “yo soy el agua viva, cerca de mí encontrarás un sentido, encontrarás el agua que te permite calmar la sed”, ¿por qué? Porque yo te ofrezco un amor, dice Jesús, te ofrezco un amor capaz de llegar hasta la muerte sin sentido por ti, para que en el amor mío tengas el agua que te permite encontrar sentido, saber que no estás solo, saber que no eres

amado, saber que hay alguien contigo; es el agua, el agua que es Dios mismo, el agua que nos baña de Dios mismo, el agua del bautismo, el gran símbolo, ¿qué es el agua del bautismo? Un agua que además tiene una capacidad especial, dice Jesús, “aquél que beba de esta agua nunca volverá a tener sed, porque de sus entrañas brotará una fuente de agua viva”, ¿qué significa esto de que de sus entrañas brotará una fuente de agua viva? Significa que yo le podré poner agua a cualquier sequedad, en cualquier desierto que yo atravesase, en cualquier desierto en el que yo esté; de mi corazón podrá salir agua, porque mi corazón estará lleno del amor de Dios que es más fuerte que cualquier situación, Cristo es mi agua.

La segunda oferta de Jesús es mi luz, ante mis oscuridades, ante la ceguera del ciego, ante la ceguera del hombre del evangelio que está ciego es una ceguera simbólica, es una ceguera que simboliza lo que pasa en el corazón de muchos seres humanos, ¿cuántos corazones están ciegos por endurecimiento, por indiferencia, por distancia, por miedo al juicio de los demás? ¿Cuántas oscuridades? Y Jesús dice: “yo soy la luz del mundo, yo soy la luz de la vida”, él me llena de luz. Y entonces sabemos que podemos ser libres de cualquier oscuridad que nos amenace, y no solamente podemos ser libres, sino que podemos reconocerlo a él en cualquier oscuridad; la luz que da Jesús es la luz de encontrarlo a él en cualquier oscuridad. Cuando Jesús muere, se produce una oscuridad en toda la tierra, una oscuridad que en cierto sentido es expresión -si me permiten hablar así-, de la oscuridad que había en el mismo corazón de Cristo.

¿Se acuerdan que el salmista toma esa parte? El evangelista toma nada más esa parte del salmo que dice “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”, como si fuese una señal de que Cristo quiso tocar la oscuridad de todos los corazones de los seres humanos ante el misterio del abandono, de la muerte, incluso de esa experiencia del abandono de Dios y ahí, en medio de toda esa oscuridad del alma de Jesús -por así decirlo-, que se produce ante la muerte, aparece una palabra, la palabra del centurión que dice: “verdaderamente este hombre era hijo de Dios”, como diciéndonos, incluso, cuando las oscuridades sean lo más profundas aun ahí me encontrarás, estaré contigo, estaré ahí para ti. Es lo que hace el ciego. El ciego va poco a poco encontrándose con Jesús hasta decirle “Señor” y lo adora; ahí se encuentra al ciego con Jesús y pasa de la luz de los ojos, como diría San Agustín, a la luz de la fe.

Y la última oferta que Jesús me hace es la oferta de la vida. Jesús, en la resurrección de Lázaro, me ofrece la certeza de mi victoria sobre la muerte, a veces la fe en la resurrección y la vida eterna va acompañada de muchas dudas y de mucha confusión, porque rebasa los límites de nuestra razón y exige un acto de fe y muerte. La muerte física es como un muro que nos impide ver más allá, en la resurrección de Lázaro, Jesús le dice: “yo soy la resurrección y la vida”.

La victoria de Cristo sobre la muerte física de Lázaro, la resurrección de Lázaro muerto, es un símbolo no solo de su resurrección, sino de mi resurrección y de mi resurrección, no solo física sino también de mi resurrección espiritual, de esa resurrección que a veces necesitamos constantemente para volvernos a levantar de nuestras muertes

espirituales. Cristo murió para vencer esta muerte y su resurrección es una apertura de una nueva realidad que es la vida en Dios, esa vida se nos va a dar dentro de unos instantes en este altar cuando el sacerdote, con las palabras sacramentales, te presente a Cristo con las palabras en cuerpo, alma y divinidad; sobre el altar, él vuelve a estar vivo para ti y para mí, él está vivo para ti y para mí en altar, para que cuando tú lo recibas en sacramento o hagas una comunión espiritual o, en caso contrario, sepas que él está vivo contigo, está vivo en nuestro corazón.

Vamos a prepararnos para la Eucaristía dándole las gracias por ser nuestra agua, por ser nuestra luz y por ser nuestra vida.

--ooOoo--